

sierto. Su furor se cebó al llegar á Mossul en los se-raskieres y los begs, perturbadores de su ejército, á quienes acusaba de sus desastres; los convidó á un festin, y allí los hizo perecer á manos de los verdugos, que á este intento tenia preparados. Para reparar su pérdida llamó cuarenta mil tártaros de Crimea, y pasó el invierno esperándolos en Mardin.

XXIV

Esta série de reveses y de atrocidades no interrumpia en Constantinopla ni las fiestas ni las intrigas del serrallo. El divan se ocupaba diplomáticamente de los negocios de Transilvania, de Valaquia y de Moldavia, enredados con la eleccion del magnate húngaro Rakoczy que queria ocupar el trono tributario de Transilvania. Rakoczy, siguiendo el ejemplo de su predecesor Bethlen-Gabor, aspiraba á reinar en las tres provincias, reunidas bajo el nombre de reino de los Dacios. Sus negociaciones alternativas con la Turquía y el Austria lo hacian tan pronto un cliente como un aliado sospechoso ó un enemigo de estas dos córtes.

Los tártaros de Crimea, en guerra un momento con los polacos y los rusos, recibieron orden del divan para volver á las estepas y llevar sus tropas á Persia en socorro de Khosrew.

Este ejército formado con lentitud y esperado inutilmente en Mardin por el gran visir, hizo aplazar la segunda campaña de Persia en el año de 1631. Khosrew regresó á Alepo desacreditado á causa de su inaccion.

Hassan, favorito del sultan y de la Validé, logró su deposicion y el nombramiento de Hafiz-bajá, antiguo gran visir, Khosrew. popularizado en los campamentos por su ferocidad y su tolerancia con los soldados, fingió obedecer resignadamente la orden del sultan, pero fomentó por debajo de mano la insurreccion de las tropas en su favor. La rebelion estalló en Diarbekir y en Alepo, y se propagó á través de la Anatolia hasta los cuarteles de Constantinopla. Los rebeldes levantaron el campo y forzaron á sus generales á que los condujeran á la capital. Khosrew les habia tomado la delantera, acompañado por su sobrino y unos cuantos partidarios.

A instigacion suya, los spahis y los genízaros reunidos, sin jefes en la plaza del Hipódromo, pidieron durante tres dias consecutivos las cabezas de los traidores. Designaban nominativamente con este epíteto

al gran visir Hafiz, al muftí Yahya, al defterdar Mustafá, al favorito Hassan, nombrado recientemente aga de los genizaros, á Musa-Tchelebi, otro favorito del sultan, reputados cómplices de sus intrigas del haren contra Khosrew, y culpables de los reveses de la campaña de Persia.

El haren se estremecia con sus gritos. Al cuarto dia, las puertas del patio del serrallo, fueron forzadas por los amotinados que penetraron dentro. Allí aguardaban á Hafiz que debia asistir al divan para darle muerte en las escaleras del palacio. Algunos amigos le avisaron el peligro y lo conjuraron á que no se pusiera en manos de sus enemigos. Ya se hallaba á caballo para dirigirse á su puesto.

«No, dijo, yo he visto esta noche mi destino en sueños; no temo morir cumpliendo mi deber.»

La multitud le dejó pasar y se cerró despues. Los soldados lo derribaron de su caballo á pedradas, desgarraron su vestido, le quitaron el turbante, lo pisotearon, é iban á matarlo, cuando sus servidores lo arrancaron medio desnudo y ensangrentado de sus manos para llevarlo á la enfermería del serrallo. Se enjugó la sangre que corria por su rostro, recibió un turbanté de los bostandjis, y apareció ante el sultan para aconsejarle que cediera y recogiera el sello del imperio:

« Ve, mi aga, le dijo el sultan, ¡y que Dios te proteja! Yo no puedo ya proteger á nadie. »

Hafiz salió del serrallo por una puerta falsa que daba á los jardines, llegó á la orilla del mar y entró en una barca que lo llevara á Scutari.

XXV

El mismo sultan, interpelado por los facciosos se presentó á sus gritos en el umbral de la puerta del divan. Sus visires y servidores lo rodeaban. Un diálogo interrumpido por el confuso clamoreo de la turba se entabló entre el sultan y los soldados que se hallaban cerca de él. « ¿Qué exigis de vuestro padischah? » les dijo.

— Diez y siete cabezas de tus visires y tus favoritos, respondieron los sediciosos; « entrégalos al instante, ó piensa en tí mismo. »

« — Vosotros sois incapaces de oír mis palabras, » respondió Amurat IV ensordecido por la gritería, amenazado por los gestos; « ¿para qué me habeis llamado, si no para oirme y discutir conmigo? » Vol-

vióse con un gesto de indignacion para apartar la vista de tal espectáculo. Sus pajes se colocaron entre él y la soldadesca, y lograron cerrar la puerta exterior del serrallo.

« — ¡Las diez y siete cabezas! ¡las cabezas! ¡las cabezas! gritaron con redoblado furor los soldados, ¡ó bajas del trono como Othman II! »

Los consejos en lo interior del serrallo participaban del trastorno y el terror de fuera. Los enemigos de Hafiz se habian deslizado entre los visires. Redjeb-bajá, el mas acreditado de todos, declaró al sultan con fingido dolor que desde tiempo inmemorial, el derecho, la política y la necesidad, política suprema de los sultanes, habia consistido en sacrificar las cabezas de sus servidores para salvar el mundo, y que era menester imitar á sus antepasados ó exponer al padischah á la suerte de Othman.

Amurat IV, esperando conseguir el perdon de sus favoritos con una condescendencia aparente á la cólera del dia, envió al jefe de los bostandjis á Scutari para traer á Hafiz al palacio. Este, que acababa de salvarse, no vaciló en perderse de nuevo por su señor. Volvió á la barca, y atravesó el canal con toda rapidéz. Entrando en el serrallo secretamente, se dispuso á vivir ó morir segun conviniera á la cólera ó la piedad de sus enemigos.

El sultan creyó por el silencio de la multitud que su furor cedia ó se apaciguaba con el cansancio. Subió al trono en el salon del peristilo, hizo abrir las puertas, y mandó á algunos de los que parecian los tribunales de la sedicion que se acercaran á oirlo para que pudiesen trasmitir sus palabras á sus camaradas.

La emocion del momento, el temor por su madre y por sí mismo, la compasion hácia Hafiz, que lo escuchaba detrás de una colgadura del dosel, la palidez, el gesto, el acento, las lágrimas hubieran dado persuasion á su discurso, si el aborrecimiento fuera jamás capaz de ser persuadido. Arengó á las tropas, les recordó el remordimiento producido por el asesinato de Othman, la deshonra que recaia en el imperio, el trono y las armas con la violencia hecha á la libre voluntad del representante de los Khalifas, la inutilidad de las venganzas que reclamaban, puesto que él habia accedido á los deseos del ejército y del pueblo, destituyendo á su visir, y separando de su lado á sus favoritos; la cobardía de descargar sus golpes sobre vencidos indefensos que no tenian mas jueces que sus enemigos, ni mas esperanza de salvacion que su piedad. En nombre de su juventud y de su reputacion futura, les rogó que no lo obligasen á dar sangre inocente por precio de un reinado, que

dejaría en pos de sí la huella de la injusticia y de la ingratitude.

Un murmullo, tan pronto favorable como siniestro, acogía estas palabras en el salon y los patios; los mas próximos se enternecian, los mas distantes se impacientaban cada vez mas, y prorrumpan en imprecaciones contra la lentitud del sacrificio; Amurat iba á continuar sus vanos esfuerzos; Hafiz, que juzgaba por el ruido y por los rostros de la inutilidad y del peligro de resistir, acababa de ejecutar en silencio las abluciones y de recitar las oraciones de los moribundos : apartó la cortina que lo ocultaba á las miradas de los amotinados. Al instante lo reconocieron los soldados por su barba blanca, apesar de su turbante de bostandji; prosternóse á los piés del trono, y levantándose en seguida con el impulso de un hombre que toma una resolucion heroica :

— « ¡ Gran padischah ! » le dijo con voz firme, « ¡ que mil esclavos como Hafiz perezcan antes que caiga un cabello de tu cabeza, ó un clavo de oro de tu trono ! ¡ Solo, te lo pido por tu inocencia y tu gloria, no me hieras con tu mano, ó por medio de tus servidores, á fin de que muera mártir y no ajusticiado, y de que mi sangre caiga sobre sus cabezas ! Te suplico que mi cuerpo sea enterado en Scutari. »

Besando en seguida la tierra que iba á cubrir su cadaver contra los ultrajes de sus asesinos : « En el nombre de Dios omnipotente y misericordioso , » añadió, « no hay mas poder ni misericordia que la de Dios. De Dios venimos y á Dios volvemos.... »

Despues de esta profesion de fé suprema, se levantó, y con sereno continente presentó su cuerpo á los golpes de los spahis. Los sollozos del sultan , las lágrimas de los pajes, la cabeza baja y la fisonomía consternada de los visires, atestiguaban la violencia y el rubor de la aceptacion del sacrificio. Aunque desarmado, Hafiz derribó á sus piés de un puñetazo dado en la cabeza al primer soldado que puso la mano sobre su anciano general; los otros le dieron diez y siete puñaladas. Un genizaro se arrojó sobre su cadáver y le cortó la cabeza, que levantó como un trofeo, enseñándoselo á la multitud. Los pajes lo cubrieron con un paño de seda verde y así lo trasportaron á la barca que lo debia llevar al prometido sepulcro de Scutari.

« ¡ Infames y cobardes asesinos ! que no temeis á Dios, ni al Profeta, ni al padischah ! » exclamó Amurat IV volviendo desesperado al interior del serallo; « tarde ó temprano sufrireis el condigno castigo. »

Hassan , el aga de los genizaros, segunda víctima

reclamada por los sediciosos, debió su vida á la fidelidad de un puñado de genizaros que defendieron á su general contra los asesinos : el déstendar se evadió á favor del tumulto; la deposicion del muftí bastó para satisfacer el rencor de los ambiciosos, que lo habian comprendido en la proscripcion para elevarse sobre su caida.

XXVI

Pareció que todo se habia apaciguado con la sangre del gran visir y el nombramiento para las primeras dignidades de los favoritos ó instigadores de la sedicion; Redjed-bajá, consejero de esta concesion sanguinaria, habia logrado satisfacer su ambicion, y abandonaba ó perseguia ya á sus cómplices.

Khosrew, autor principal ó pretexto de estos trastornos, cuyo resultado aguardaba en Koniah, fué sacrificado por Redjeb al resentimiento del haren Murteza-bajá recibió orden de ir á tomar con un cuerpo de ejército el mando de Diarbekir y de ejecutar, pasando á Koniah, la justa venganza del sul-

tan : « Yo solo reclamo su cabeza, » le dijo el sultan, « sus riquezas te las cedo. »

Sin embargo, Redjeb hizo prevenir en secreto á Khosrew del peligro que corria su vida. Encerrado este en su casa de Koniah, puso al redor suyo los pocos soldados que llevaba consigo. Murteza comenzó á batir la casa á cañonazos, despues de haber mostrado á los jueces de la ciudad la orden de muerte del rebelde. Khosrew, enfermo ó fingiendo estarlo, envió á su kiaya, Alí el Húngaro, para que se sometiese en su nombre á las ordenes del sultan, y rogara á Murteza á que fuese con confianza á comunicárselas á él mismo. Sus chiaux, ocultos detrás de la pared del patio, debian arrancar el firman de sus manos y matarlo.

El ejecutor de la venganza de Amurat IV presintió el lazo. Permaneció á la cabeza de sus tropas y envió á su teniente Sulfikar con el firman del gran señor. Abandonado Khosrew por los habitantes de Koniah, á quien Murteza habia prometido parte de los despojos, se resolvió á morir con la resignacion del criminal defraudado y del fanático.

« Nuestras vidas son del padischah, » dijo á Sulfikar despues de haber leído el firman; « mas ya que « el bajá de Diarbekir tenia la sentencia de mi muerte « porqué no me la ha presentado en seguida? ¿ Qué

« necesidad habia de tirar cañonazos contra mi casa
 « y de hacerme pasar por un rebelde? ; Dios me pre-
 « serve de serlo! Dios es todo poderoso; yo no me
 « rebelo contra sus decretos; pero si él quiere, la
 « venganza no está lejos y alcanzará á muchas cabe-
 « zas. »

Despues de estas palabras, oró, imploró con lágrimas la misericordia de Dios, no la de los hombres, y tendió el cuello al cordon. Sus inmensas riquezas y sus suntuosos trenes, cuyo valor excedia de cien mil ducados de oro, fueron confiscados. Murteza-bajá no quiso apropiarse uno solo, apesar de la donacion del sultan. Todo fué enviado al gran-señor, quien para recompensar esta generosidad, le dió por mujer á la viuda de Hafiz.

XXVII

La ejecucion de Khosrew, la llegada de sus tesoros y de sus caballos á Constantinopla, fueron la señal de una nueva sublevacion. El gran visir Redjeb, que temia por su vida, hizo insinuar á los soldados que la venganza del haren amenazaria constante-

mente la vida de los asesinos de Hafiz, miéntras que el favorito Musa-Hassan, aga de los genizaros, y el antiguo tesorero Mustafá gozasen del secreto favor del sultan. Con estas insinuaciones, las tiendas se cerraron, el pueblo y la tropa obstruyó las calles pidiendo este suplemento de cabezas. Los copos de nieve que cayeron aquella noche dispersaron los grupos. Al dia siguiente los sediciosos, reunidos en mayor número, inundaron los patios del serrallo, reclamando á voces las tres cabezas y fingiendo su inquietud por la existencia de los hermanos de Amurat IV, cuya vida, decian, se hallaba amenazada por los favoritos del sultan:

Amurat, saliendo como la vez primera del serrallo, se vió obligado á comparecer y á suplicar á la multitud. Juró que ignoraba el lugar secreto en que Hassan y el defterdar se habian ocultado despues de la muerte de Hafiz. Mandó venir á los cuatro príncipes, Bayezid, Suleiman, Kazim, Ibrahim, y los mostró á la muchedumbre para confundir á los calumniadores que lo acusaban de haberlos sacrificado.

« ¿ Qué es lo que quereis? » dijo á los jefes de la sedicion el de mas edad de los cautivos, arrancados por protectores importunos de la paz de sus kioskos y las caricias de su madre. « Dejadnos en paz en

« nuestro retiro; guardaos de pronunciar nuestros
 « nombres, porque así despertariais sospechas con-
 « tra nuestra inocencia. ¿ Por ventura, no teneis nin-
 « gun temor de Dios, ningun respeto á vuestro pa-
 « dischah? El cielo nos protegerá; sin necesidad de
 « que nos protejais vosotros. »

Estas quejas conmovieron al pueblo : los cuatro jóvenes fueron conducidos á sus kioskos. La sedicion parecia apaciguada ; pero el gran visir Redjeb representaba el doble papel de consejero dentro, y de provocador fuera. Estimuló á Amurat IV á que echara del serrallo y lo pusiera bajo su vigilancia al joven favorito Muza, á fin de que esta muestra de condescendencia y confianza dada á las tropas las convenciese de su sinceridad y las obligara á desistir de reclamar las cabezas de Hassan y del defterdar. Él juró que respondia de la vida de Muza y de la generosidad del pueblo.

Amurat rehusó mucho tiempo el exponer así la vida de un amigo que amaba como á un hermano. El capitan bajá, hijo del valiente Djambulad, en quien tenia mas confianza que en el gran visir, lo decidió.

« Consiento en fin, dijo llorando; pero acordaos
 « que vosotros respondeis de mi amigo, y que vues-
 « tras cabezas me responderán del primer cabello
 « que caiga de la suya. »

Musa fué entregado sobre la fé de estas promesas al gran visir, que lo condujo á su palacio.

Apénas fué encerrado en él, una banda de genizaros, de spahis y de gente del populacho se agrupó delante de la residencia del gran visir, pidiendo á voces que se les entregara el favorito. Llamandó entónces el pérfido Redjeb á Muza : « Hijo mio, » le dijo con aparente compasion de su inocencia y su edad, « mil
 « vidas como la tuya y la mia no son nada para sal-
 « var la del sultan. Pero no desesperemos; yo voy á
 « ver lo que podemos obtener de los rebeldes. »

Haciéndose entónces seguir del pobre adolescente, como para parlamentar con la multitud, mandó en voz baja á sus servidores que lo empujaran por detrás y lo echaran por las escaleras abajo. Muza fué recibido por mil puñales que lo hicieron trizas en tanto que el astuto visir, afectando un horror convenido, gritaba á los asesinos : « ¡ Deteneos! ¿ no sabeis
 « que he respondido á su amigo de su vida? »

Hassan, descubierto el mismo dia en la capilla de su magnífica quinta de Bebek, fué conducido en un caballo de una carreta de búlgaros á la plaza del Hipódromo, degollado y suspendido por los piés en las ramas de un plátano, que servia de patíbulo á los suplicios del pueblo, y allí lo dejaron durante muchos dias sirviendo de juguete á los hijos de los amotina-

dos. Hallado el deffterdar algunos dias despues, fué decapitado por órden de Redjeb, y colgado en el mismo plátano, en que flotaba aun el cadáver de Hassan.

Tales crímenes, tolerados ó favorecidos por el gran visir, eran los preludios de la deposicion de Amurat IV, y tal vez de su suplicio. Redjeb lo habia ofendido demasiado para no aborrecerlo; él consentía que se hablara abiertamente de sustituirlo con uno de sus hermanos, que le deberia el trono, y cuya gratitud afirmaria su poder.

Compraba la popularidad tolerando todos los excesos del populacho y de las tropas; la muerte de los generales á manos de los soldados se habia hecho frecuente. Los spahis se burlaban de los djebedjis, milicia inferior que hablaba de colgar á su aga en el plátano. « Aunque vuestro aga sea un funcionario « importante del imperio, decian los genizaros y los « spahis á sus dignos émulos en asesinatos, todavía « no tiene bastante estatura para ser suspendido en « la misma rama que Muza, Hassan y Mustafá.

« — ¿ Creeis vosotros, « respondian los djebedjis humillados, « que no somos nosotros hombres, ó « que somos bastante despreciables para que no se « nos permita matar á nuestro aga y declararnos « en abierta rebelion? »

Desafiando así los genizaros á los djebedjis y provocándolos á un crimen demasiado alto para ellos, segun les decian, contestaron estos al desafio corriendo al cuartel á asesinar por pura rivalidad á su aga, el valiente y virtuoso Sahib. Imitando el populacho á los soldados, llenaba la ciudad de saturnales y tumulto. La emulacion de la anarquía elevó y precipitó todos los dias por espacio de dos meses á nuevos tribunos, que salian de entre la multitud. El exceso de los crímenes despertó el remordimiento en las masas, y la venganza de la muerte de su favorito suscitó la energía de la desesperacion en el ánimo del sultan.

Su madre, la sultana Koesem, griega de nacimiento y de carácter, mantenía desde el fondo de su harén relaciones secretas con dos visires de su nacion, que poseian y vendian la confianza de Redjeb. Estos dos griegos, elevados por el favor de los rebeldes á las mas altas dignidades de la Puerta, eran el visir Rum-Mohammed y el nuevo aga de los genizaros Koesem-Mohammed. Uno y otro, con la prudencia de las ambiciones que saben contenerse para consolidar su fortuna, hallaban mas seguridad en la gratitud de la sultana y de sus hijos, salvados por ellos, que en la movilidad del capricho popular. Levantados por la sedicion, querian afianzarse con la lealtad, táctica

instintiva de los ambiciosos, que despues de subir temen caer. Seguian una correspondencia secreta con la sultana Kæsem, espiando con atencion la hora en que el cansancio del pueblo y de las tropas permitiera al sultan castigar la anarquía en la cabeza de su gran visir.

Llegada al fin, la sultana dió la señal á su hijo. Amurat IV disimuló su sed de venganza para asegurar el golpe. Redjeb, llamado inopinadamente al serrallo en la noche del 18 de mayo de 1632 despues del consejo, se apresuró á cumplir las órdenes de su señor. Al llegar á la segunda antesala del palacio, los eunucos le abrieron una puerta baja, que daba acceso á un gabinete, en donde el sultan lo aguardaba para conferenciar á solas con él.

Al entrar, solo vió eunucos y mudos, cuyo silencio y aspecto lo hicieron vacilar sobre sus piés, enfermos de la gota. La cortina que separaba este cuarto del en que lo esperaba el sultan, se descorrió; Amurat estaba levantado al extremo opuesto del apartamento; su rostro resuelto y su actitud revelaban al hombre que habia dicho á los quince años estas palabras que son hoy el proverbio del ódio de los otomanos: « *La venganza se difere, pero no envejece.* »

Su implacable memoria le recordaba el terror y

los ultrajes que le habia hecho soportar desde su infancia la pérfida popularidad de su ministro. Un dia, entre otros, que obligado por las vociferaciones de las tropas insubordinadas á presentarse en la *Puerta de la felicidad* ante ellas, Amurat vacilaba y diferia el obelecer. « *Vamos, mi padischah, pedid el agua de las abluciones,* » le habia dicho insolentemente el visir. Estas palabras que significan para los turcos, *preparaos á morir*, resonaban como la voz de un verdugo en la memoria de Amurat, y las devolvió con amarga alegría al insolente *Redjeb*.

« *Acércate pues, pérfido cojo,* » dijo con voz de trueno al gran visir, inmóvil por el estupor y la gota, en el umbral de la habitacion.

Redjeb balbució excusas y protestas de inocencia. « ¡Calla, y pide á tu vez el agua de las abluciones, « *giaur!* » repuso el sultan; y volviéndose á los eunucos blancos, gritó: « que le corten al instante la « cabeza al traidor. »

Por temor de revelar el proyecto con alguna indiscrecion, no se hallaban preparados los verdugos. Los eunucos blancos los reemplazaron, cortaron la cabeza al gran visir y arrojaron el cadáver á la puerta del serrallo ante el numeroso séquito de servidores, clientes y cómplices que aguardaban su salida del palacio.

El atrevimiento de la venganza desconcertó á sus partidarios : herida la cabeza, temieron por los miembros. Dispersáronse consternados, creyendo ya sentir sobre sus propias gargantas el frio del sable que habia herido á Redjeb. El sultan, decidido esta vez á reinar ó á morir, no dejó respirar á los rebeldes. Seguro de sí mismo, de la opinion pública, del apoyo de Rum-Mohammed en el divan, y del aga de los genízaros en los cuarteles, dió los sellos del imperio á un albanés atrevido, adicto á la sultana Kœsem, llamado Tabaniassi, instrumento que dirigia la sultana. Reunió las tropas para una revista general en la plaza del hipódromo, rodeóse de visires, bajás, jueces, agás, imanes, ulemas, influyentes en los soldados y el pueblo, y tratando desde el primer dia de separar la causa de los genízaros de la de los spahis, que eran los rebeldes mas desacreditados, halagó con palabras á los unos y reprendió severamente á los otros ; luego, despues de haber hecho leer un decreto de reforma que devolvía á los ulemas los destinos y emolumentos de que se habian apoderado los spahis con infraccion de las leyes :

« Si mis spahis son dóciles y se arrepienten, » dijo, « me enviarán á algunos de sus irrepreensibles veteranos á presentarme sus excusas, y á implorar mi « misericordia. »

Dirigiéndose luego á los genízaros, y fingiendo ver en ellos las columnas inalterables del trono, les comentó el pasage del Coran que ordena á los musulmanes el obedecer á Dios, al Profeta y al soberano :

« El padischah, » les dijo, « aunque fuese un esclavo etiope, es la sombra de Dios y el centro de « la divinidad en la tierra : cesad, pues, de hacer « causa comun con los rebeldes y de transigir con « los sediciosos, á fin de que pueda vuestro padischah « remediar las calamidades del imperio, y que podais vosotros, como vuestros antepasados, envaneceros de haber merecido bien de la patria y del « trono. »

Amurat IV era tan elocuente como poeta : la fuerza le habia faltado á veces, pero nunca la resolucion ni la dignidad. Sus palabras hallaron eco en el corazon de los genízaros, ávidos de rechazar en presencia del pueblo toda solidariedad con los rebeldes y la responsabilidad que el rumor público comenzaba á imputarles.

« Los enemigos del padischah serán en lo sucesivo « los nuestros, » exclamaron con voz unánime ; « juramos no proteger mas á los rebeldes. »

Y sellaron este juramento militar con otro mas santo que prestaron individualmente en manos del muftí sobre el Coran.

Los veteranos de los spahis, llamados al rededor del sultan para que presentaran la disculpa de su cuerpo, temian que decretase su suplicio.

Amurat se contentó con su terror.

« Vosotros spahis, » les dijo con desdeñosa sonrisa, « sois una milicia extraña, difícil de comprender la « razon y de practicar la justicia ; vosotros sois cua- « renta mil en todo el imperio, y todos pedis ascen- « sos, cuando no hay mas que quinientos destinos « que daros. Vuestras exigencias y exacciones han « trastornado y esquilnado el reino. El atractivo « de los empleos ha aumentado entre vosotros el « número de los malos, que rehusando oír la palabra « de los ancianos y de los sabios, pasan su vida « oprimiendo al pueblo, devorando las fundaciones « piadosas, y adquiriendo una fama funesta de tira- « nía y de rebelion. »

Los spahis contestaron : « Nosotros no aceptamos « el nombre de rebeldes ; somos amigos de tus ami- « gos y enemigos de tus enemigos. Nosotros no apro- « bamos la licencia que menosprecia las órdenes « del padischah, pero no podemos ponerle un freno. »

— « Teneis razon, » continuó el sultan ; « vosotros « no sois bastante poderosos contra el crecido número « de los malos. Si son sinceras vuestras palabras, « echadlos de vuestras filas, cesad de pedir empleos,

« y juradlo, como vuestros hermanos los genizaros, « por el santo libro de el Coran. »

Los spahis, abrumados por los buenos musulma- nes que se separaban de ellos, y aterrados por las palabras de Amurat IV, juraron lo que sus camara- das habian jurado.

Los jueces del ejército y de las provincias se levanta- ron entónces con una indignacion concertada para hacer la historia de los desórdenes, de las violencias y de las depredaciones de los rebeldes en la capital y en las provincias, en donde la opresion de los solda- dos quitaba todo prestigio á la justicia.

Un árabe, juez de una provincia de Asia, levantado de su silla con el cuadro y el resentimiento de estas tiranías militares, exclamó, que su misma casa habia sido allanada, y sus muebles saqueados por haber querido sentenciar en un juicio segun su conciencia, y no segun el despotismo de la soldadesca.

« ¡ Mi padischah ! » dijo sacando el sable de la vaina, apesar de hallarse presente el soberano ; « creedme, el único remedio para todo esto es la es- « pada. »

Sin contradecirlo ni censurarlo, el sultan le hizo señal de que se calmara y volviera á sentarse.

Este *divan á pié* confirmó el golpe de Estado de Amurat, y dió energia al imperio.